

ANDRES GOTOR DE ASTORZA

EL INFIERNO DE
UN LUGAR QUE
SE LLAMA
“PARAÍSO”

www.agotordastorza.com

III

Después de una noche de excesos, me sangraban las encías. El sabor a sangre seca en la garganta me producía fatiga. Era la forma en la que la vida te hacía saber que seguía dando sus golpes. Las mañanas hedían a vómito y a pensamientos vacíos. Existía en mí la preocupación de que el ácido de mi estómago acabase con el esmalte de mis dientes, o que el hígado me estallara y me volviera amarillento, como el chino de la tienda de ultramarinos. Quizás así dejara de saludar a mis vecinos, sería una razón menos para tenerles acojonados. La cuestión era que, de alguna manera, todo se me iba en toser, vomitar y cagar. Todo a devolver, sin ninguna inversión.

Las albóndigas con sabor a comida de perro del día anterior reposaban sobre la mesa, frías, flotando sobre el charco de salsa que quedaba reseco a los bordes. Seguro que Galou, con mucho gusto, las hubiese devorado, pero yo no era Galou. Uno reservaba un poco de estómago, aunque lo tuviera vacío. Y, a veces, era resistible, pero otras sin embargo, un sonoro estruendo proveniente de mis tripas me hacía lanzarme sobre el pomo de la puerta, recorrer los pasillos y salir a la calle, directo a un pequeño restaurante al que solía acudir a robar.

Conocía bien el local porque durante las primeras semanas de mi estancia en París había estado trabajando en él. Habían

pasado muchos años desde aquello, cuando emprendí aquella aventura imaginando que aquel era el lugar perfecto para que un artista explotara toda su creatividad. París era la moda y la ciudad del amor, y yo pensaba que en él lo encontraría todo, incluso a mí mismo, pero las cosas no habían sido como había deseado. Con la miseria que me pagaban apenas alcanzaba para tener una habitación repleta de humedades, una bombilla pendiendo de un cable pelado y un puñado de notas de rechazo repletas de evasivas. Ya ni siquiera estaba seguro de en qué consistía escribir bien. Por algún motivo, siempre me había considerado bastante bueno, pero no siempre los polos opuestos son los que se atraen. Los contactos implicaban más contactos, las mujeres implicaban más mujeres, el dinero implicaba más dinero. Lo complicado no era ser excelente, lo complicado era que alguien lo considerase cuando empezabas de cero.

Pero era tan difícil empezar de cero... A mí, por ejemplo, hacer amistades me parecía complicado. Por alguna razón nunca se me había dado del todo bien. Había crecido en un pequeño pueblo situado al oeste de Francia, cerca de las bombardeadas playas de Normandía, en el que apenas había chicos de mi edad y donde, los pocos que había conocido, me habían apartado. Pensaba que la situación cambiaría al trasladarme a una gran ciudad, lejos de la vida que había llevado y de los prejuicios que se vertían sobre mí, pero estas cargas no se disiparon ante los

nuevos desconocidos. Era como si arrastrara conmigo algo que los demás sí parecían advertir. Sus reacciones esquivas parecían decirse: “No juegues con un tipo solitario, podría haber una razón por la que no tiene amigos”. Y no me quedó otra que aceptar no tenerlos nunca.

Ya casi me había acostumbrado a ello, a sufrir, pero el hecho de no poder haber cambiado de vida aun poniendo empeño en ello, quebró mis esperanzas. Parecía no haber oportunidades, ni personas dispuestas a concederte una. Y así comenzaron a sucederse los días, condenado al más completo aislamiento, rodeado de compañeros que me ignoraban y clientes que me miraban por encima del hombro, como si fuera la última mierda de este mundo y no mereciera una pizca de nada.

Por suerte o por desgracia, por aquel tiempo, las llaves de la bodega del restaurante llegaron a mis manos; y digo por suerte porque, tal vez por entonces, el alcohol me había salvado en parte. La idea del suicidio pasaba por mi cabeza a menudo. Sentía aversión por la vida y había desarrollado cierto grado de indiferencia ante la idea de morir, e incluso de matar. La vida no era aquello que pasaba mientras hacía frases tipo, como ésta.

El alcohol provocaba que estos pensamientos reposasen. Y a fin de poder alargarla esa sensación y aquella fuente inagotable de vino, rellenaba las botellas con agua y las colocaba detrás de

las demás. De lo contrario hubiera durado un santiamén, aunque, claro, aquella mentira tenía las patas muy cortas.

Me despidieron una mañana en la que ni siquiera era capaz de mantenerme en pie. Mis compañeros me recogieron de entre los pedazos de vidrio verde que se esparcían por el suelo y me acompañaron hasta la puerta. Y me dejaron allí, como quien deja la basura, y nunca más les volví a ver.

A partir de entonces, aprendí a vivir con la paga de mamá, pero siempre surgía algún gasto inesperado, y al final tuve que regresar por allí para poder rellenar la nevera. Los muy idiotas no había cambiado la clave que desbloqueaba la puerta trasera, y conocía perfectamente los horarios en los que no había nadie.

Así que aquella mañana, como una mañana cualquiera, bajé las escaleras tratando de no tropezar con la señora Mermet, pero ella siempre estaba allí, con aquella estúpida serie, deseando soltar que “le debía dinero”.

- ¡Hasta luego señora Mermet!

Ésta mostró el sobre abierto de una carta de mi madre en la que mandaba mi paga. Lo abrió en mis narices, cogió el puñado de billetes y los metió entre sus pechos.

- Con esto sólo me debes un mes – dijo complacida, padaleando el sabor a brócoli y a victoria que le asomaba entre los dientes.

- No puede hacer eso – dije indignado.

- ¿El qué? – preguntó con sarcasmo.

Sacudió el sobre, lo tiró al suelo y lo pisoteó como si fuera una colilla. Se había marchado la posibilidad de llenarme el buche honradamente. Me mordí la lengua y salí a la calle. Tenía ganas de matar a alguien, pero no estaba del todo convencido de por quién merecía la pena arriesgar mi libertad. Era difícil decantarse solo por una persona. Si no estaba ya lo suficientemente nervioso, para colmo, mi suerte pareció llegar a su fin. De la puerta del restaurante, cerrada a cal y canto, colgaba un cartel de “se vende”.

Es fácil morir de muchas cosas, pero no de hambre, en un país como Francia. Hay comedores sociales y señoras mayores que lanzan sus limosnas a los mendigos que ocupan las puertas de las iglesias, pero yo tenía que cubrir otras necesidades y, por primera vez, tuve miedo a morir, a desvanecerme, a golpearme en la cabeza durante mi desmayo. Miedo de todo; de no encontrar otro lugar que saquear, de tener que ponerme a buscar trabajo, de tener que dejar de beber... Tenía que encontrar un buen lugar, una habitación más pequeña, más ruinoso, un hogar abandonado o un cretino afortunado al que sacarle la pasta. Tenía que encontrar algo inmediatamente, y me sumergí entre la gente, y perseguí a extraños hasta sus casas, a cierta distancia, sin que ellos pudieran advertirme, pero no funcionó. Y pateé todos los suburbios de París, con todas sus calles, y todo su acento y

perfume francés. Todo apestaba a marsellesa y a patriotismo tricolor y, en medio de todo aquello, un marginado recorriendo sus cloacas en busca de algo de dinero, con las rodillas sobre el alquitrán y todo el aroma a cebolla que puedan desprender los sobacos de un hombre. Ese era yo, harto de caminar durante horas, desesperado por encontrar una solución. Pero, a veces, las respuestas aparecen sin necesidad de formular preguntas, y la mía se presentó en forma de ventana abierta de par en par, y me pareció tan fácil como para crearme capaz de subir. Y mis manos sudorosas se aferraron a las paredes, y mis piernas las treparon, junto a mi corazón palpitante. Todo temblor: esfuerzo, tensión, cobardía; temor a ser descubierto.

Puse un pie en la cornisa de la ventana y pegué un salto al interior. Tras ella se encontraba un amplio dormitorio, con una cama recién hecha. Sábanas blancas y mezcla de olor a limpio, a señora de la limpieza, a duramen y a química.

Los cajones de la mesita de noche captaron mi atención. En ellos encontré un puñado de pastillas. Metí cuantas pude en mis bolsillos, sin saber para qué servirían. En el vaivén del pantalón a la mesa, golpeé una tablilla y encontré un doble fondo. En él había una cartera repleta de dinero y unas cuantas tarjetas de crédito. Me las guardé sin más y regresé a la cornisa con el botín. Intenté bajar, pero entonces no parecía tan fácil. Una caída

vertiginosa se me precipitó garganta abajo y torcí mi camino. No era muy bueno tampoco como suicida.

Me dirigí hacia la puerta de la habitación, tomé el pomo y, antes de salir, escuché ruidos al otro lado, palabras y pasos aproximándose. Me di por perdido. Pude ver los titulares: “El prometedor escritor Fabrice Le Blanc, detenido por hurto y allanamiento de morada”.

De un brinco me introduje bajo la cama. Cuatro mocasines de piel oscura pasearon a centímetros de mi cabeza. Uno se arrodilló, colocándose a medio palmo de mi nariz. Cerré los ojos al comprender que, inevitablemente, algo buscaba allí abajo y que, pronto, nuestras miradas se cruzarían. Pero entonces uno de ellos le dijo al otro:

- ¿En qué momento le vendiste tu alma al diablo?

Y acto seguido se escuchó un disparo y súbitamente todo estaba en silencio. Pude escuchar cómo se desmontaban las articulaciones del muerto antes de que se golpeará contra el suelo y se le clavaran sus inexpresivos ojos en mí, faltos de vida.

El señor que días antes se había acercado a hablar conmigo en el local, antes de que le expulsaran, yacía a medio metro de mí con un agujero en el entrecejo.

Un nuevo disparo le atravesó la sien. La sangre, esta vez sí, me salpicó en la cara. Tragué saliva. Aún quedaba algo de alcohol en ella. Me degusté creyendo que era el fin. A los pocos

segundos, la puerta de la habitación se abrió, y el otro individuo nos dejó a solas. Me quedé engarrotado sin poder moverme durante varios minutos, con el temor de que permaneciera allí y le quedara alguna bala en la recámara.